Miguel Sosa



El pequeño libro de las 500 palabras para parecer más culto

Todo el mundo sabe que el giste es la espuma de la cerveza, que la costumbre de comerse las uñas recibe el nombre de onicofagia y que suputar es sinónimo de calcular. ¿Pero cómo se llaman las cagarrutas de las ovejas? ¿Y la distancia del pulgar al índice? ¿Y la raya del pelo? Las respuestas a estas preguntas y a otras muchas más se encuentran en este libro.

¡Deje de manosearlo y cómprelo antes de que se agote!

¡Pase por culto en un pispás!

Miguel Sosa

El pequeño libro de las 500 palabras para parecer más culto



© 2015 Miguel Ángel Sosa Lázaro

© Centro Libros PAPF, S. L. U., 2015
Alienta es un sello editorial de Centro Libros PAPF, S. L. U.
Grupo Planeta
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: © María Esperanza Alba

ISBN: 978-84-16253-31-9
Depósito legal: B. 12.526-2015
Primera edición: junio de 2015
Preimpresión: Victor Igual, S.L.
Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRÓLOGO

Querido lector: si has pensado que un libro como este no necesita un prólogo estás tan equivocado como el funcionario que aconsejó a Kennedy no poner capota al coche. Porque para entender bien este libro debes conocer primero al personaje que lo ha escrito, en adelante, «el autor». Miguel Sosa, «Sosa». para los amigos.

Este ínclito personaje fue director de comunicación de la Compañía Nacional de Teatro Clásico a los veintisiete años, siendo director de la misma Adolfo Marsillach. Formar parte del equipo directivo de Marsillach a esa edad tan temprana supongo que además de una responsabilidad es una excelente oportunidad de desarrollo. Antes ya había sido fundador del Festival de Otoño de Madrid y si hay una persona que sabe de teatro, ése sin duda es Sosa.

Es un lector impenitente, capaz de devorar cualquier libro de una sentada, y se nota, vaya si se nota. Es incapaz de leer un libro y no encontrar una errata, que por supuesto comunica a la editorial de inmediato para que la corrijan, él es así.

Lo conocí siendo director del Teatro Bulevar de Torrelodones. Yo era un incipiente mago y trabamos buena

amistad. Él me contrataba para hacer reír al personal y la verdad es que lo conseguía con creces... salvo una rara excepción: siempre había una persona en el patio de butacas que me miraba impertérrito sin esbozar sonrisa alguna. ¿Quién podía ser aquel extraño personaje al que le costaba sonreír?: el amigo Sosa.

Años más tarde descubrí que Sosa es como Buster Keaton, con su solemne cara de palo, no es que no le guste sonreír, es que le gusta observar hasta el más mínimo detalle y yo creo que si sonríe seguro que algo se le escapa.

Esa pasión por el detalle la lleva hasta sus últimas consecuencias y por supuesto la vas a ver reflejada en este libro.

Por cosas del destino empezamos a trabajar juntos y es mi mano derecha, de hecho a él le gusta definirse como mi «avatar»; nada más empezar a trabajar juntos le dije que lo iba a alejar del mundo de la cultura porque la cultura no lo iba a sacar de pobre. Después de tantos años de relación laboral se puede decir que no sólo no he conseguido alejarlo de la cultura sino que he sido fagocitado por él.

Es imposible hablar con Sosa y no aprender algo. Como él dice, está lleno de conocimientos inútiles, pero siempre tiene la palabra exacta en el momento adecuado. Al principio piensas que lo hace por vacilar, pero no, lo hace porque sencillamente no sabe utilizar una palabra que no sea exacta para definir una situación, un sentimiento, un objeto.

En su afán de culturizar a los amigos creó un grupo de Whatsapp titulado «palabras raras como Sosa», y es que un tipo que se ha leído el diccionario en varias ocasiones, no

nos engañemos, es raro de narices. Así pues, cada día nos regalaba una palabra «rara». Palabras de uso normal para él, pero ininteligibles para nosotros.

Con el tiempo nos acostumbramos a sus palabras, no eran palabras tomadas al azar del diccionario, eran palabras que en muchas ocasiones tenían que ver con una noticia de actualidad o con una situación concreta.

Un día alguien puso en el grupo una foto en un barco y casi instantáneamente apareció la palabra *singladura*, que es la distancia que recorre un barco en veinticuatro horas.

Otro día le dije que estaba en un cóctel y al momento tenía en mi móvil un mensaje diciéndome que tuviese cuidado con el *luquete* que no es otra cosa que la rodaja de limón que se echa en la bebida.

Dando una charla comenté que hacía ciento cincuenta años Darwin había publicado *El origen de las especies* y me aconsejó que utilizase la palabra *sesquicentenario*» que es la palabra exacta para definir esos ciento cincuenta años.

Un buen día decidió cerrar el grupo de Whatsapp y nos dejó huérfanos de sus palabras. Probé a buscar en el diccionario, pero no era lo mismo. Nunca encontraba la palabra que quería, siempre eran palabras aleatorias.

Más tarde comentó que iba a hacer una edición para los amigos y le dije: «no seas egoísta, este conocimiento tienes que compartirlo» y esa fue la gestación de este libro.

Lo que lo convierte en un gran libro es la selección de citas literarias que acompañan a cada una de las palabras. Entre esas citas encontrarás a más de doscientos autores y doce premios Nobel. Casi nada.

Las citas en la mayoría de los casos salen de su porten-

tosa memoria, y es que es increíble que alguien al ver una palabra recuerde el autor, la editorial y el libro donde la leyó hace años. Ese es Sosa. Un hombre cuya memoria sólo ha sido superada por la de Napoleón, hasta el punto de que se han llegado a levantar monumentos a la memoria de Napoleón. Tal es la inteligencia de Sosa que si hubiera nacido en Estados Unidos... hablaría inglés.

Una hebdómada después (período de siete años) debo decir que soy un poquito más culto gracias a Sosa. Y gracias a este libro tú también lo vas a ser, o al menos lo vas a parecer, porque ya sabes que lo importante no es ser más culto sino parecerlo.

Si no quieres acabar como mi madre diciendo alcánzame el «éste» que está en el «ése», cuando en realidad quieres decir «alcánzame el cartapacio que está en el anaquel» debes leer este libro.

Este es un libro para leer y releer, para disfrutar y para regalar, porque ¿qué otra cosa más bonita se puede hacer que culturizar a todo tu entorno?

No seas misoneísta (hostil a las novedades) y zambúllete en la lectura de esta joyita que sin duda disfrutarás, y si no lo haces al menos estarás mucho más preparado para ir a *Pasapalabra*.

Gracias Sosa, porque gracias a ti soy mejor persona, mejor profesional y muchísimo más culto. Gracias por regalarnos parte de tu sabiduría.

MAGO MORE

formaba: sólo en el programa *A fondo*,[5] que dirigía y presentaba Joaquín Soler Serrano, se entrevistaba a personajes de la talla de Borges, Ionesco, Vargas Llosa o Rafael Alberti. Seamos piadosos y pasemos urgentemente a otro punto.

Las palabras, como nosotros, nacen y mueren y como algunos de nosotros (más bien como alguno de vosotros) tienen su momento de esplendor (carroza, fetén o sicalipsis). Llama la atención comprobar cómo desaparecen del lenguaje habitual y aun del escrito palabras como la de triste actualidad **uxoricida** (hombre que mata a su mujer) o la más festiva y pequeño-nicolasiana **mamarón** (hombre que, fingiéndose tonto, procura participar de fiestas y agasajos en que no tiene parte).

Quisiera que este libro fuera saboreado, sus palabras catadas con deleite y empleadas con mesura. Si además despertara en el lector la curiosidad de acudir a la obra aludida en cualquiera de las citas, pues miel sobre hojuelas. Hay más de doscientos autores esperándote en estas páginas, espero que los disfrutes tanto como yo.

Miguel Sosa
Madrid, 2015

5. TVE, 1976-1981

A

acrimonia

(Del lat. *acrimonĭa*).

1. f. Aspereza de las cosas, especialmente al gusto o al olfato.
2. f. Agudeza del dolor.
3. f. Aspereza o desabrimiento en el carácter o en el trato.

Sonriendo para sus adentros, el magistrado pensó que estos humildes labradores —no había duda que procedían del Ande y que habían vivido en contacto con la gleba— lo hacían sentirse un padre ***acrimonioso*** *que se niega a autorizar la boda de su hijo.*

Mario Vargas Llosa, *La tía Julia y el escribidor*

acucia

(Del b. lat. *acutia* 'astucia, agudeza', der. del lat. *acūtus* 'agudo').

1. f. Diligencia, solicitud, prisa.

2. f. Deseo vehemente.

Todos ponían ***acucia*** *en aderezar sus armas y caballos y lo necesario, esperando que en saliendo aquellos reyes de aquella península, moviera el rey Lisuarte contra ellos.*

Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*

adamar

(Del lat. *adamāre*).

1. tr. p. us. Cortejar, requebrar.
2. tr. ant. Amar con vehemencia.
3. prnl. Enamorarse de alguien o de algo.

¡Ay!, ¡ama, campesino!,
*¡**adámate** de amor por tus labores!*
El encanto del campo está seguro;
para ti, en ti, por ti, de ti lo espero.

Miguel Hernández, *Profecía sobre el campesino*

adarce

(Del lat. *adarce*, y este del gr. ἀδάϱϰη).

1. m. Costra salina que las aguas del mar forman en los objetos que mojan.

Pero el ala de libélula está ahí;
suena entre los sentidos y el avaro sueño.
Ella sólo es verdad, duerme y despierta.

*No vuelvas la cabeza porque todo el vuelo de la espuma se convertirá en **adarce**.*

Francisco Pino, *Distinto y junto*

adipocira

(Del fr. *adipocire*).

1. f. Grasa cadavérica; sustancia grisácea blanda y jabonosa constituida por una mezcla de jabón amoniacal con potasa, cal y ciertos ácidos grasos. Es producto de la descomposición de cadáveres sumergidos en agua o sepultados en terreno húmedo.

*La ocena de esta mujer me solivianta el estómago. Su aliento huele a **adipocira**.*

Juan José Domenchina, *La túnica de Neso*

agibílibus

(Del b. lat. *agibilis* 'ingenioso, diestro').

1. m. coloq. Habilidad, ingenio, a veces pícaro, para desenvolverse en la vida.
2. m. coloq. Persona que tiene esta habilidad.

El conde actual secundado
por un viejecillo enteco
y apergaminado, que es
su agente y su consejero,
hacia grandes ganancias

procuradas en silencio
*por aquel grande **agibílibus**,*
en cálculos gran maestro.

José Zorrilla, *La leyenda del Cid*

agible

(Del b. lat. *agibĭlis*).

1. adj. Factible o hacedero.

*Sí puede; y es tan **agible***
lo que dices, que se ve
que, en las posibles, no sé
otra cosa más posible.

Miguel de Cervantes, *El laberinto de amor*

agonal

(Del lat. *agonālis*).

1. adj. Perteneciente o relativo a los certámenes, luchas y juegos públicos, tanto corporales como de ingenio.

2. adj. Perteneciente o relativo al combate; que implica lucha.

Menos solicitó veloz saeta
destinada señal, que mordió aguda;
***agonal** carro por la arena muda*
no coronó con más silencio meta,
que presurosa corre, que secreta

a su fin nuestra edad. A quien lo duda,
fiera que sea de razón desnuda,
cada sol repetido es un cometa.

Luis de Góngora, *De la brevedad engañosa de la vida*

alacridad

(Del lat. *alacrĭtas, -ātis*).

1. f. Alegría y presteza del ánimo para hacer algo.

*Acepto con **alacridad** y nos ponemos en marcha. Mis desviados pasos no me habían alejado demasiado de nuestro destino y al cabo de poco avistamos la casa.*

Eduardo Mendoza, *El asombroso viaje de Pomponio Flato*

aladar

(Del ár. hisp. **alʿaḏár*, y este del ár. clás. *ʿiḏār*).

1. m. Mechón de pelo que cae sobre cada una de las sienes. U. m. en pl.

Libre quedó,
como el Santo de Pajares.
Sobraron estos renglones
en que hallarás más razones
*que en mi cabeza **aladares**.*

Lope de Vega, *La dama boba*

alafia

(Del ár. hisp. *al'áfya*, y este del ár. clás. *'āfiyah* 'salud').

1. f. coloq. p. us. Gracia, perdón, misericordia. *Pedir alafia.*

Algo zafia
será la acción, mas con ella
quizá la que ahora os huella
os pida después ***alafia****.*

Manuel Bretón de los Herreros, *Finezas contra desvíos*

albéitar

(Del ár. hisp. *albáyṭar*, este del ár. clás. *bayṭar* o *bayṭār,* y este del gr. ἱππιατρός).

1. m. **veterinario** (|| hombre que ejerce la veterinaria).

Era Don Lope Calderete, mesonero, comadrón y ***albéitar*** *en Solana del Maestre.*

Valle-Inclán, *La Corte de los Milagros*

alcartaz

(Del ár. hisp. *alqarṭás* o *alqirṭás*, este del ár. clás. *qirṭās*, y este del gr. χάρτης 'hoja de papiro').

1. m. **cucurucho** (|| papel arrollado en forma cónica).
2. m. **cucurucho** (|| capirote).

*A poco que escudriñásemos en nuestros jergones o debajo de nuestras almohadas, reuníamos sin gran esfuerzo una docena de bichejos asquerosos. Rendíamos nuestro tributo al inventor de la diablura, y él juntaba en un solo **alcartaz** las chinches de todos.*

Emilia Pardo Bazán, *Una cristiana*

alebrarse

(De *a-*[1] y *liebre*).

1. prnl. Echarse en el suelo pegándose contra él.
2. prnl. **acobardarse.**

*La perra agitó el muñón y olfateó con avidez la boca de la hura. Finalmente se **alebró**, la pequeña cabeza ladeada, y quedó inmóvil, al acecho.*

Miguel Delibes, *Las ratas*

alectomancia o alectomancía

(Del gr. ἀλέκτωρ 'gallo' y *-mancia*).

1. f. Adivinación por el canto del gallo o por la piedra de su hígado.

*Sosteniendo un viejo gallo pataruco de mi padre, cacareante él, con las crestas y las carándulas cenicientas, y casi sin plumas, ejercí la **alectomancia**.*

Denzil Romero, *Entrego los demonios*